verano12
jueves 24 de enero de 2002



Triste, solitario y final

Por Rodrigo Fresán

En algún momento de su tan sufrida como opaca existencia, a un ejecutivo de una petrolera llamado Raymond Chandler se le ocurrió empujar un poco más adelante en la escala evolutiva a la figura del detective privado y le puso de nombre *Philip Marlowe*.

Luego de su revalorización en los '70, lo cierto es que hoy está de moda acusar a Chandler de escritor sentimentaloide y bastante por debajo de la sequedad estética de su antecesor Dashiell Hammett.

Pero se trata de cargos injustos y en ningún lado se demuestra mejor la inocencia de Chandler que en *El largo adiós* (1953), su novela más larga, mejor trabajada y dueña de un tono melancólico y vencido que –se me ocurre ahora, de golpe– la convierte en una suerte de extraña y noble y pertinente reescritura *noir* de *El gran Gatsby*.

Sí, *El largo adiós* es sin dudas la más fitzgeraldiana de las novelas policiales.

Ahí están, otra vez, como si nada hubiera ocurrido, el retrato decadente de una sociedad de horrible *beautiful people*, el plano de una ciudad temblorosa, la figura alcoholizada del trágico escritor Roger Wade, las encandilantes y encandiladas *post–flappers* Sylvia y Eileen y la figura esquiva de Terry Lennox. Y, junto a ellos, a veces como apuntador, a veces como protagonista, a veces sentado en la platea, la ironía ética de Philip Marlowe a quien –pensara lo que pensara su creador– jamás podremos imaginarnos con el rostro de Cary Grant. En lo personal, tampoco con el de Humphrey Bogart, mucho menos con el de Elliot Gould, tal vez el de Robert Mitchum. Pero lo cierto es que, ahora, yo tiendo a "verlo" más parecido a alguien como George Clooney, lo siento. O no...

A la hora de incluirla en una lista de las 99 mejores novelas en inglés publicadas entre 1939 y 1983, el escritor inglés Anthony Burguess la justificó como "un libro bellamente compuesto, con un limpio y económico estilo que le va a la perfección a Marlowe, su narrador. Si esto no es literatura, ¿qué es la literatura?".

El inolvidable capítulo final de *El largo adiós* –con ese "triste, solitario y final" que el argentino Osvaldo Soriano tomó prestado para su primera y marloweana y chandleriana novela– es, sin dudas, uno de esos momentos inolvidables en la vida de todo lector.

Variación y reflejo del capítulo final de *El halcón maltés* –funcionando también como coda/declaración de principios donde la figura del detective se tambalea por el golpe bajo pero devuelve un *cross* a la mandíbula–, opté por elegirlo antes que al de Hammett porque bastante mal la pasó Chandler, bastante mal la viene pasando a partir de la mala prensa de extraduros de hoy como James Ellroy y porque, a la hora de la verdad, todos preferiríamos ser Marlowe antes que Spade.

El largo adió

Por Raymond Chandler

Entonces, finalmente, un viernes por la mañana, al entrar en mi oficina, vi a un desconocido que me estaba esperando. Era un mexicano o sudamericano, elegantemente vestido. Estaba sentado al lado de la ventana abierta y fumaba un cigarrillo marrón, de aroma penetrante. Era alto, muy delgado y muy elegante, de bigote oscuro, cabello oscuro y más largo que el que usan los norteamericanos; llevaba un traje de color tostado de lana liviana. Usaba gafas oscuras. Se puso de pie cortésmente.

–*¿Señor Marlowe?*

–¿En qué puedo servirle?

Me tendía un papel plegado.

–*Un aviso de parte del señor Starr en Las Vegas, señor. ¿Habla usted español?*

–Sí, pero no lo suficiente. Mejor inglés.

–Inglés, entonces –dijo–. Me es igual.

Agarré el papel y lo leí: *Le presento a Cisco Maioranos, un amigo mío. Creo que le será de utilidad. S.*

–Entremos, señor Maioranos –le dije.

Abrí la puerta y la sostuve para dejarle pasar. Olía a perfume y tenía las cejas demasiado bien delineadas. Pero con seguridad no era tan delicado y refinado como parecía, porque en ambos lados de la cara tenía cicatrices y navajazos.

El hombre se sentó en la silla de los clientes y cruzó las piernas.

–Según me han dicho, usted desea alguna información sobre el señor Lennox.

–Unicamente sobre la última escena.

–Yo estuve allí en ese momento, *señor*. Tenía un empleo en el hotel. –Se encogió de hombros–. Un empleo insignificante y, por supuesto temporal. Era el empleado de la administración en el turno diurno.

Hablaba un inglés perfecto, aunque con ritmo hispano. El español –sobre todo el español de América– tiene una cadencia categórica que a un oído norteamericano le parece que en nada coincide con el significado. Es como el oleaje del océano.

–No tiene tipo para eso –dije.

–Hay momentos en los que uno tiene dificultades en la vida.

–¿Quién me despachó la carta por correo?

Me alcanzó un paquete de cigarrillos.

–Pruebe uno de éstos.

Meneé la cabeza.

–Son demasiado fuertes para mí. Me gustan los cigarrillos colombianos. Los cubanos son un veneno.

Sonrió ligeramente, encendió otro cigarrillo y echó humo poco a poco. El tipo era tan endemoniadamente elegante que comenzaba a sentirme molesto.

–Estoy enterado de la carta, *señor*. El *mozo* tuvo miedo de subir a la habitación del señor Lennox cuando apostaron la *guardia* en el hotel; la policía, usted me entiende. De modo que yo mismo llevé la carta al *correo*. Después de que se pegara el tiro, por supuesto.

–Debió haber mirado adentro. Había un billete de los grandes.

–La carta estaba cerrada, señor –dijo fríamente–. *El honor no se mueve de lado, como los cangrejos.* Eso significa que el honor es algo serio para mí, *señor.*

–Le pido perdón. Continúe, por favor.

–Cuando entré en la habitación, el señor Lennox tenía en la mano izquierda un billete de cien pesos. Cerré la puerta en la cara del *guardia*. En la mano derecha tenía una pistola. Sobre la mesa estaban la carta y otro papel que no leí. Yo rechacé el billete.

–Demasiado dinero –comenté, pero el tipo no reaccionó ante el sarcasmo. –El señor Lennox insistió. De modo que finalmente me lo llevé y más tarde se lo entregué al *mozo*. Puse la carta debajo de la servilleta que había encima de la bandeja en que antes le habían traído el café. Estaba en la mitad de la escalera cuando oí el disparo. Rápidamente escondí la carta y corrí escaleras arriba. El *guardia* estaba tratando de abrir la puerta. Usé mi llave y abrimos. El señor Lennox estaba muerto.

Con la punta de los dedos recorrió suavemente el borde del escritorio y suspiró.

–Sin duda está enterado de lo demás.

–¿El hotel estaba lleno?

–No, lleno no. Había media docena de huéspedes.

–¿Norteamericanos?

–Dos *americanos* del norte. Cazadores.

–¿Verdaderos gringos, o simplemente mexicanos trasplantados?

–Creo que uno de ellos debe haber sido de origen español. Hablaba el español fronterizo. Muy poco elegante.

–¿Esos dos se acercaron a la habitación de Lennox?

Levantó la cabeza bruscamente, pero la expresión quedó oculta tras las gafas oscuras.

–¿Para qué iban a hacerlo, *señor*?

–Bueno, ha sido muy amable al molestarse en venir y contármelo todo, señor Maioranos. Dígale a Randy que le estoy muy agradecido.

–*No hay de qué, señor*. No es nada.

–Y dígale que, más adelante, cuando tenga tiempo, podría mandarme a alguien que sepa de lo que está hablando.

–*¡Señor!* –Su voz era suave, pero helada–. ¿Duda de mi palabra?

–Ustedes siempre se lo pasan hablando del honor. El honor es la cobertura de los ladrones... a veces. No se enoje. Manténgase tranquilo y déjeme que le explique.

Se reclinó en la silla con aire altanero.

–Esto no es más que una suposición. Podría equivocarme. Pero también podría tener razón. Aquellos dos norteamericanos fueron allí con un propósito determinado. Llegaron en avión. Simularon ser cazadores. Uno de ellos se llamaba Menéndez, un jugador fullero. Se inscribió con otro nombre, o tal vez no. No podría afirmarlo. Lennox sabía que estaba allí. Y sabía por qué. Me escribió aquella carta porque tenía la conciencia tranquila. No se había portado bien conmigo y era un tipo demasiado bueno como para que aquello no le remordiera la conciencia. Puso el billete en la carta, cinco mil dólares porque tenía mucho dinero y sabía que yo no estaba en la misma situación. Además, escribió al pasar una leve insinuación que pudo haber sido captada o no. Era el tipo de hombre que siempre quiere hacer lo que es correcto y apropiado, pero se las arregla al final para hacer algo más. Usted me dijo que llevó la carta al *correo*. ¿Por qué no la echó en el buzón que está frente al hotel?

–¿En el buzón, *señor*?

–Sí, en el buzón. En el *cajón cartero*, si lo prefiere así.

El señor Maioranos se sonrió.

–Otatoclán no es Ciudad de México, *señor*. Es un sitio primitivo. ¿Un buzón en las calles de Otatoclán? Nadie sabría para qué sirve. Nadie recogería las cartas de ahí.

–Ah, bueno, no hace falta que agregue nada más. Usted no llevó ningún café a la habitación del señor Lennox, señor Maioranos. Usted no pasó por delante del guardia al querer entrar en la habitación de Lennox. Pero los dos norteamericanos sí que entraron. Por supuesto, sujetaron al policía y a algunas otras personas. Uno de los norteamericanos golpeó a Lennox por detrás. Entonces cogió la Máuser, abrió uno de los cartuchos, sacó la bala y volvió a colocar el cartucho. Acercó la pistola a la sien de Lennox y apretó el gatillo: le produjo una herida de aspecto desagradable, pero no le mató. Le sacaron del hotel en una camilla, rápidamente y sin mucha alharaca. Cuando llegó el abogado norteamericano, Lennox estaba como muerto; le habían dopado con narcóticos, estaba rodeado de hielo y lo tenían en un rincón oscuro de la *carpintería*, donde un hombre preparaba un ataúd. El abogado vio a Lennox; estaba frío como el hielo, sumido en un profundo sopor, y tenía en la sien una herida sanguinolenta y negruzca. Parecía bien muerto. El abogado norteamericano regresó con las huellas digitales de Lennox y una especie de documento que era justamente lo que faltaba. ¿Qué le parece, *señor* Maioranos?

–Podría ser posible, *señor*. Claro que eso hubiera requerido dinero e influencia. Quizás hubiese sido posible si ese *señor* Menéndez hubiera estado estrechamente relacionado con la gente influyente de Otatoclán, el *alcalde*, el propietario del hotel y demás.

–Bueno, también eso es posible. Es una buena idea. Eso explicaría por qué eligieron un lugar pequeño y lejano como Otatoclán.

Maioranos sonrió abiertamente.

–Entonces ¿es posible que el señor Lennox esté vivo todavía?

–Seguro. El suicidio tenía que ser un invento fraguado para fundamentar la confesión. Debía tener bastantes visos de realidad como para engañar a un abogado que había sido fiscal de distrito, pero si se descubría el engaño, habría dejado muy mal parado al fiscal del distrito en ejercicio. Este Menéndez no es tan duro como piensa, pero no tuvo más remedio que hacerse pasar por tal y golpearme con el revólver porque no me quedé quieto y seguí investigando el asunto. De modo que tenía que tener razones para hacerlo. Si el engaño se descubría, Menéndez se vería envuelto en un lío internacional. A los mexicanos no les agrada el trabajo policial deshonesto, de la misma forma que tampoco nos agrada a nosotros.

–Todo eso es posible, *señor*, y yo lo sé muy bien. Pero usted me acusa de mentir. Me dijo que yo no entré en la habitación donde estaba el *señor* Lennox para retirar la carta.

–Usted estaba adentro, compañero..., escribiéndola.

Se levantó y se quitó las gafas oscuras. Nada puede cambiar el color de los ojos de un hombre.

–Supongo que es demasiado temprano para que vayamos a tomar un gimlet –dijo.

Habían hecho con él un maravilloso trabajo en Ciudad de México. ¿Y por qué no? Sus médicos, técnicos, hospitales, pintores, arquitectos, son tan buenos como los nuestros. A veces, un poco mejores. Un policía mexicano inventó el test de parafina para los nitratos en polvo. No pudieron hacerle un rostro perfecto, pero realizaron un trabajo magnífico. Hasta le cambiaron la nariz; le sacaron un pedazo del hueso para hacerla más chata, menos nórdica. No pudieron eliminar totalmente las cicatrices, de modo que le pusieron algunas en la otra mejilla. Las cicatrices de navaja no son raras en los países latinos.

–Hasta me pusieron un injerto de nervios aquí –dijo Lennox, tocándose la mejilla en la que antaño había tenido las cicatrices.

–¿Estuve cerca de la verdad?

–Bastante cerca. Hay algunos detalles equivocados, pero carecen de importancia. Fue un plan rápido y en parte improvisado y yo mismo no sabía qué era lo que iba a suceder. Me indicaron que hiciera ciertas cosas y que dejara una pista clara. Mendy no quería que yo le escribiera a usted, pero en eso me mantuve firme y no aflojé. El le subestimó a usted un poco; nunca se percató del detalle del buzón.

–¿Usted sabía quién mató a Sylvia?

No me contestó directamente.

–Es muy duro entregar a una mujer por asesinato... aunque nunca haya significado mucho para uno.

–Vivimos en un mundo cruel. ¿Harlan Pot-

El largo adiós

Habían hecho con él un maravilloso trabajo en Ciudad de México. ¿Y por qué no? Sus médicos, técnicos, hospitales, pintores, arquitectos son tan buenos como los nuestros. A veces, un poco mejores.

Por Raymond Chandler

Entonces, finalmente, un viernes por la mañana, al entrar en mi oficina, vi a un desconocido que me estaba esperando. Era un mexicano o sudamericano, elegantemente vestido. Estaba sentado al lado de la ventana abierta y fumaba un cigarrillo marrón, de aroma penetrante. Era alto, muy delgado y muy elegante, de bigote oscuro, cabello oscuro y más largo que el que usan los norteamericanos; llevaba un traje de color tostado de lana liviana. Usaba gafas oscuras. Se puso de pie cortésmente.

–¿*Señor Marlowe*?

–¿En qué puedo servirle?

Me tendía un papel plegado.

–*Un aviso de parte del señor Starr en Las Vegas, señor. ¿Habla usted español?*

–Sí, pero no lo suficiente. Mejor inglés.

–Inglés, entonces –dijo–. Me es igual.

Agarré el papel y lo leí: *Le presento a Cisco Maioranos, un amigo mío. Creo que le será de utilidad. S.*

–Entremos, señor Maioranos –le dije.

Abrí la puerta y la sostuve para dejarle pasar. Olía a perfume y tenía las cejas demasiado bien delineadas. Pero con seguridad no era tan delicado y refinado como parecía, porque en ambos lados de la cara tenía cicatrices y navajazos.

El hombre se sentó en la silla de los clientes y cruzó las piernas.

–Según me han dicho, usted desea alguna información sobre el señor Lennox.

–Unicamente sobre la última escena.

–Yo estuve allí en ese momento, *señor*. Tenía un empleo en el hotel. –Se encogió de hombros–. Un empleo insignificante y, por supuesto temporal. Era el empleado de la administración en el turno diurno.

Hablaba un inglés perfecto, aunque con ritmo hispano. El español –sobre todo el español de América– tiene una cadencia categórica que a un oído norteamericano le parece que en nada coincide con el significado. Es como el oleaje del océano.

–No tiene tipo para eso –dije.

–Hay momentos en los que uno tiene dificultades en la vida.

–¿Quién me despachó la carta por correo?

Me alcanzó un paquete de cigarrillos.

–Pruebe uno de éstos.

Meneé la cabeza.

–Son demasiado fuertes para mí. Me gustan los cigarrillos colombianos. Los cubanos son un veneno.

Sonrió ligeramente, encendió otro cigarrillo y echó humo poco a poco. El tipo era tan endemoniadamente elegante que comenzaba a sentirme molesto.

–Estoy enterado de la carta, *señor*. El *mozo* tuvo miedo de subir a la habitación del señor Lennox cuando apostaron la *guardia* en el hotel; la policía, usted me entiende. De modo que yo mismo llevé la carta al *correo*. Después de que se pegara el tiro, por supuesto.

–Debió haber mirado adentro. Había un billete de los grandes.

–La carta estaba cerrada, señor –dijo fríamente–. *El honor no se mueve de lado, como los cangrejos.* Eso significa que el honor es algo serio para mí, *señor*.

–Le pido perdón. Continúe, por favor.

–Cuando entré en la habitación, el señor Lennox tenía en la mano izquierda un billete de cien pesos. Cerré la puerta en la cara del *guardia*. En la mano derecha tenía una pistola. Sobre la mesa estaban la carta y otro papel que no leí. Yo rechacé el billete.

–Demasiado dinero –comenté, pero el tipo no reaccionó ante el sarcasmo. –El señor Lennox insistió. De modo que finalmente me lo llevé y más tarde se lo entregué al *mozo*. Puse la carta debajo de la servilleta que había encima de la bandeja en que antes le habían traído el café. Estaba en la mitad de la escalera cuando oí el disparo. Rápidamente escondí la carta y corrí escaleras arriba. El *guardia* estaba tratando de abrir la puerta. Usé mi llave y abrimos. El señor Lennox estaba muerto.

Con la punta de los dedos recorrió suavemente el borde del escritorio y suspiró.

–Sin duda está enterado de lo demás.

–¿El hotel estaba lleno?

–No, lleno no. Había media docena de huéspedes.

–¿Norteamericanos?

–Dos *americanos* del norte. Cazadores.

–¿Verdaderos gringos, o simplemente mexicanos trasplantados?

–Creo que uno de ellos debe haber sido de origen español. Hablaba el español fronterizo. Muy poco elegante.

–¿Esos dos se acercaron a la habitación de Lennox?

Levantó la cabeza bruscamente, pero la expresión quedó oculta tras las gafas oscuras.

–¿Para qué iban a hacerlo, *señor*?

–Bueno, ha sido muy amable al molestarse en venir y contármelo todo, señor Maioranos. Dígale a Randy que le estoy muy agradecido.

–*No hay de qué, señor.* No es nada.

–Y dígale que, más adelante, cuando tenga tiempo, podría mandarme a alguien que sepa de lo que está hablando.

–¡*Señor*! –Su voz era suave, pero helada–. ¿Duda de mi palabra?

–Ustedes siempre se lo pasan hablando del honor. El honor es la cobertura de los ladrones... a veces. No se enoje. Manténgase tranquilo y déjeme que le explique.

Se reclinó en la silla con aire altanero.

–Esto no es más que una suposición. Podría equivocarme. Pero también podría tener razón. Aquellos dos norteamericanos fueron allí con un propósito determinado. Llegaron en avión. Simularon ser cazadores. Uno de ellos se llamaba Menéndez, un jugador fullero. Se inscribió con otro nombre, o tal vez no. No podría afirmarlo. Lennox sabía que estaba allí. Y sabía por qué. Me escribió aquella carta porque tenía la conciencia tranquila. No se había portado bien conmigo y era un tipo demasiado bueno como para que aquello no le remordiera la conciencia. Puso el billete en la carta, cinco mil dólares porque tenía mucho dinero y sabía que yo no estaba en la misma situación. Además, escribió al pasar una leve insinuación que pudo haber sido captada o no. Era el tipo de hombre que siempre quiere hacer lo que es correcto y apropiado, pero se las arregla al final para hacer algo más. Usted me dijo que llevó la carta al *correo*. ¿Por qué no la echó en el buzón que está frente al hotel?

–¿En el buzón, *señor*?

–Sí, en el buzón. En el *cajón cartero*, si lo prefiere así.

El señor Maioranos se sonrió.

–Otatoclán no es Ciudad de México, *señor*. Es un sitio primitivo. ¿Un buzón en las calles de Otatoclán? Nadie sabría para qué sirve. Nadie recogería las cartas de ahí.

–Ah, bueno, no hace falta que agregue nada más. Usted no llevó ningún café a la habitación del señor Lennox, señor Maioranos. Usted no pasó por delante del guardia al querer entrar en la habitación de Lennox. Pero los dos norteamericanos sí que entraron. Por supuesto, sujetaron al policía y a algunas otras personas. Uno de los norteamericanos golpeó a Lennox por detrás. Entonces cogió la Máuser, abrió uno de los cartuchos, sacó la bala y volvió a colocar el cartucho. Acercó la pistola a la sien de Lennox y apretó el gatillo: le produjo una herida de aspecto desagradable, pero no le mató. Le sacaron del hotel en una camilla, rápidamente y sin mucha alharaca. Cuando llegó el abogado norteamericano, Lennox estaba como muerto; le habían dopado con narcóticos, estaba rodeado de hielo y lo tenían en un rincón oscuro de la *carpintería*, donde un hombre preparaba un ataúd. El abogado vio a Lennox; estaba frío como el hielo, sumido en un profundo sopor, y tenía en la sien una herida sanguinolenta y negruzca. Parecía bien muerto. El abogado norteamericano regresó con las huellas digitales de Lennox y una especie de documento que era justamente lo que faltaba. ¿Qué le parece, *señor* Maioranos?

–Podría ser posible, *señor*. Claro que eso hubiera requerido dinero e influencia. Quizás hubiese sido posible si ese *señor* Menéndez hubiera estado estrechamente relacionado con la gente influyente de Otatoclán, el *alcalde*, el propietario del hotel y demás.

–Bueno, también eso es posible. Es una buena idea. Eso explicaría por qué eligieron un lugar pequeño y lejano como Otatoclán.

Maioranos sonrió abiertamente.

–Entonces ¿es posible que el señor Lennox esté vivo todavía?

–Seguro. El suicidio tenía que ser un invento fraguado para fundamentar la confesión. Debía tener bastantes visos de realidad como para engañar a un abogado que había sido fiscal de distrito, pero si se descubría el engaño, habría dejado muy mal parado al fiscal del distrito en ejercicio. Este Menéndez no es tan duro como piensa, pero no tuvo más remedio que hacerse pasar por tal y golpearme con el revólver porque no me quedé quieto y seguí investigando el asunto. De modo que tenía que tener razones para hacerlo. Si el engaño se descubría, Menéndez se vería envuelto en un lío internacional. A los mexicanos no les agrada el trabajo policial deshonesto, de la misma forma que tampoco nos agrada a nosotros.

–Todo eso es posible, *señor*, y yo lo sé muy bien. Pero usted me acusa de mentir. Me dijo que yo no entré en la habitación donde estaba el *señor* Lennox para retirar la carta.

–Usted estaba adentro, compañero..., escribiéndola.

Se levantó y se quitó las gafas oscuras. Nada puede cambiar el color de los ojos de un hombre.

–Supongo que es demasiado temprano para que vayamos a tomar un gimlet –dijo.

Habían hecho con él un maravilloso trabajo en Ciudad de México. ¿Y por qué no? Sus médicos, técnicos, hospitales, pintores, arquitectos, son tan buenos como los nuestros. A veces, un poco mejores. Un policía mexicano inventó el test de parafina para los nitratos en polvo. No pudieron hacerle un rostro perfecto, pero realizaron un trabajo magnífico. Hasta le cambiaron la nariz; le sacaron un pedazo del hueso para hacerla más chata, menos nórdica. No pudieron eliminar totalmente las cicatrices, de modo que le pusieron algunas en la otra mejilla. Las cicatrices de navaja no son raras en los países latinos.

–Hasta me pusieron un injerto de nervios aquí –dijo Lennox, tocándose la mejilla en la que antaño había tenido las cicatrices.

–¿Estuve cerca de la verdad?

–Bastante cerca. Hay algunos detalles equivocados, pero carecen de importancia. Fue un plan rápido y en parte improvisado y yo mismo no sabía qué era lo que iba a suceder. Me indicaron que hiciera ciertas cosas y que dejara una pista clara. Mendy no quería que yo le escribiera a usted, pero en eso me mantuve firme y no aflojé. El le subestimó a usted un poco; nunca se percató del detalle del buzón.

–¿Usted sabía quién mató a Sylvia?

No me contestó directamente.

–Es muy duro entregar a una mujer por asesinato... aunque nunca haya significado mucho para uno.

–Vivimos en un mundo cruel. ¿Harlan Potter estuvo metido en todo esto?

Sonrió de nuevo.

–¡Usted cree que Potter dejaría que alguien lo supiera a ciencia cierta? Mi pálpito es que no tuvo nada que ver y que a estas horas me da por muerto. ¿Quién le diría lo contrario... a menos que lo hiciera usted?

–Lo que yo pudiese decirle a Potter usted podría guardarlo en una brizna de hierba. ¿Cómo anda Mendy...? ¿O es que está...?

–Oh, está muy bien. Ahora se encuentra en Acapulco. Se escapó por causa de Randy. A los muchachos no les gusta que se les dé duro a los polis. Y Mendy no es tan malo como usted cree. Tiene su corazoncito.

–También lo tienen las víboras.

–Bueno, ¿qué hay de ese gimlet?

Me puse de pie sin contestarle y me encaminé hacia la caja de hierro. Hice girar el disco y saqué el sobre que contenía el billete con el retrato de Madison y los cinco cheques de cien que olían a café. Volqué todo sobre el escritorio y después recogí los cheques de cien.

–Estos me los guardo. Es lo que gasté en la investigación. Con el retrato de Madison me divertí jugando. Ahora es suyo.

Lo extendí delante de él, sobre el borde del escritorio. Lo miró pero no hizo ademán de tocarlo.

–Quiero que se lo guarde –me dijo–. Yo tengo mucho dinero. ¿Por qué no dejó las cosas como estaban?

–Ya sé. Después de que ella matase a su marido y se saliese con la suya, habría podido continuar haciendo cosas mejores. En realidad, Wade no tenía mayor importancia. No era nada más que un ser humano, con sangre, cerebro y emociones. Sabía lo que había ocurrido y trató con todas sus fuerzas de sobreponerse y seguir viviendo. Era escritor. Debe haber oído hablar de él.

–No pude dejar de hacerlo, créame, Marlowe –dijo lentamente–. No quería hacer daño a nadie; pero si me quedaba aquí no habría podido defenderme; no tenía la menor posibilidad. Un hombre no puede calcular con tanta rapidez todos los aspectos y consecuencias de una cosa. Estaba asustado y escapé. ¿Qué es lo que debía haber hecho?

–No lo sé.

–Eileen tenía ciertos indicios de locura. Hubiera podido matar a Wade de todas maneras.

–Sí, tal vez.

–Bueno, no se ponga de mal humor. No se tome las cosas tan a pecho. ¿Qué le parece si vamos a tomar una copa a algún lugar fresco y tranquilo?

–Ahora no es el momento, *señor* Maioranos. No tengo tiempo.

–En una época éramos muy buenos amigos –dijo tristemente.

–¿Nosotros? Me parece que se trataba de otras dos personas. ¿Vive en México permanentemente?

–*Sí.* Ni siquiera estoy legalmente aquí. Nunca lo estuve. Le conté que había nacido en Salt Lake City, pero nací en Montreal. Dentro de muy poco tiempo seré ciudadano mexicano. Todo lo que se necesita es un buen abogado. Siempre me ha gustado México. No correría mucho riesgo si fuéramos al Víctor a beber un gimlet.

–Llévese su dinero, *señor* Maioranos. Está manchado con demasiada sangre.

–Usted no es más que un pobre hombre.

–¿Cómo podría saberlo usted?

Recogió el billete, lo alisó con sus afinados dedos y se lo guardó negligentemente en el bolsillo interior de la chaqueta. Se mordió el labio con los dientes, tan blancos como se los puede mostrar cuando se tiene la piel morena.

–No pude decirle nada más que lo que le conté aquella mañana en que me llevó a Tijuana. Entonces le di la oportunidad de que llamara a la policía y me entregara.

–No estoy enfadado con usted. Lo que pasa es que usted es un tipo de hombre así. Durante mucho tiempo no pude formarme una idea sobre su persona. Tenía un modo de ser agradable y cualidades agradables, pero había algo que no me acababa de gustar. Tenía sus normas y vivía de conformidad con ellas, pero eran normas personales. No guardaban relación con ninguna clase de ética, de moral o de escrúpulos. Usted era un buen muchacho porque poseía una naturaleza buena, pero se sentía tan feliz en compañía de rufianes o gente de mal vivir como en la de gente honesta. Siempre que los rufianes se expresaran correctamente y tuvieran en la mesa modales aceptables. Usted es un derrotista moral. Puede ser que la guerra tenga la culpa, o quizás haya nacido así.

–No alcanzo a comprenderle –exclamó–; realmente no le entiendo. Estoy tratando de pagarle lo que le debo y usted no me deja. No hubiera podido contarle más que lo que le dije. Usted no me lo habría permitido.

–Eso es lo más agradable que me hayan dicho nunca.

–Me alegra que le guste algo de lo que le digo. Me encontraba en un aprieto terrible y justamente conocía a personas que saben manejárselas en esos casos. Tenían una deuda de agradecimiento conmigo por un incidente ocurrido hace mucho tiempo, durante la guerra. Fue probablemente la única vez en la vida que hice lo que tenía que hacer a su debido tiempo y rápido como el rayo. Y cuando necesité de ellos, se pusieron a mi disposición. Y gratis. Usted no es el único tipo en el mundo que no tiene precio, Marlowe.

Se inclinó sobre el escritorio y cogió uno de mis cigarrillos. Bajo el cutis moreno pude percibir que se había sonrojado y que las cicatrices le resaltaban aún más. Sacó del bolsillo un encendedor en forma de cartucho de revólver y prendió el cigarrillo. Percibí una vaharada de su perfume.

–Usted compró mucho de mí por nada, Terry. Por una sonrisa, una inclinación de cabeza, un saludo con la mano y algunas copas tomadas de vez en cuando en un bar tranquilo y confortable. Fue agradable mientras duró. Hasta la vista, *amigo*. No le digo adiós. Se lo dije cuando tenía algún significado. Se lo dije cuando era triste, solitario y final.

–Regresé demasiado tarde –dijo–. Estos trabajos plásticos llevan tiempo.

–Usted no hubiese regresado si yo no hubiera descubierto todo el asunto.

En sus ojos vi súbitamente un reflejo de lágrimas. En seguida se colocó las gafas oscuras.

–No estaba seguro –me contestó–. No me había decidido. No querían que le dijera nada a usted y yo todavía no estaba decidido.

–No se preocupe por eso, Terry. Siempre hay alguien que puede decidir por uno.

–Estuve en los comandos, amigo. Uno no puede ingresar ahí si es un tipo blando. Quedé malherido y le aseguro que no fue nada divertido estar con esos médicos nazis. Eso influyó mucho en mi modo de ser.

–Estoy enterado de todo, Terry. En muchos sentidos usted es un gran tipo. No le estoy juzgando y nunca lo hice. Lo que pasa es que usted ya no está aquí. Hace mucho tiempo que se fue. Ahora usa ropas finas y perfume y está tan elegante como una ramera de cincuenta dólares.

–No hago más que representar un papel –dijo casi con desesperación.

–Y todo eso no le reporta nada bueno, ¿no es así?

Sus labios se abrieron en una sonrisa amarga. Se encogió de hombros de una manera muy latina.

–Por supuesto. Todo no es más que una representación. No hay nada más. Aquí dentro –se golpeó el pecho con el encendedor– no hay nada. Antes había algo, Marlowe. Hace mucho tiempo. Bueno... creo que éste es el final de todo.

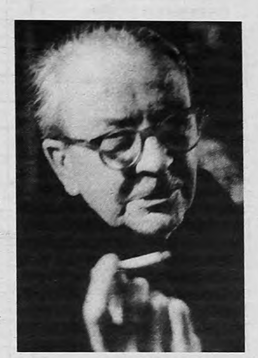
Se puso de pie y yo hice lo mismo. Me extendió la mano y se la estreché.

–Hasta la vista, *señor* Maioranos. Me alegro de haberle conocido... aunque haya sido por un breve momento.

–Adiós.

Se dio vuelta y se encaminó a la salida. La puerta se cerró. Escuché sus pasos que se alejaban por el corredor de mármol de imitación. Después de un momento fueron haciéndose cada vez más tenues hasta que resonó el silencio. Sin embargo, seguí escuchando. ¿Para qué? ¿Hubiera querido que se detuvieran de pronto y que él se volviera y que regresara y disipara con sus palabras el estado de ánimo en que me encontraba? Bueno, de todos modos no lo hizo. Aquella fue la última vez que lo vi.

Nunca volví a ver a ninguno de ellos..., excepto a los policías. A ésos todavía no se ha inventado la manera de decirles adiós.







De *Obras Completas de Raymond Chandler* (Debate) Se agradece la colaboración de la librería La Central (Barcelona): www.lacentral.com - informacio@lacentral.com

ós

Habían hecho con él un maravilloso trabajo en Ciudad de México. ¿Y por qué no? Sus médicos, técnicos, hospitales, pintores, arquitectos son tan buenos como los nuestros. A veces, un poco mejores.

ter estuvo metido en todo esto?

Sonrió de nuevo.

–¡Usted cree que Potter dejaría que alguien lo supiera a ciencia cierta? Mi pálpito es que no tuvo nada que ver y que a estas horas me da por muerto. ¿Quién le diría lo contrario... a menos que lo hiciera usted?

–Lo que yo pudiese decirle a Potter usted podría guardarlo en una brizna de hierba. ¿Cómo anda Mendy...? ¿O es que está...?

–Oh, está muy bien. Ahora se encuentra en Acapulco. Se escapó por causa de Randy. A los muchachos no les gusta que se les dé duro a los polis. Y Mendy no es tan malo como usted cree. Tiene su corazoncito.

–También lo tienen las víboras.

–Bueno, ¿qué hay de ese gimlet?

Me puse de pie sin contestarle y me encaminé hacia la caja de hierro. Hice girar el disco y saqué el sobre que contenía el billete con el retrato de Madison y los cinco cheques de cien que olían a café. Volqué todo sobre el escritorio y después recogí los cheques de cien.

–Estos me los guardo. Es lo que gasté en la investigación. Con el retrato de Madison me divertí jugando. Ahora es suyo.

Lo extendí delante de él, sobre el borde del escritorio. Lo miró pero no hizo ademán de tocarlo.

–Quiero que se lo guarde –me dijo–. Yo tengo mucho dinero. ¿Por qué no dejó las cosas como estaban?

–Ya sé. Después de que ella matase a su marido y se saliese con la suya, habría podido continuar haciendo cosas mejores. En realidad, Wade no tenía mayor importancia. No era nada más que un ser humano, con sangre, cerebro y emociones. Sabía lo que había ocurrido y trató con todas sus fuerzas de sobreponerse y seguir viviendo. Era escritor. Debe haber oído hablar de él.

–No pude dejar de hacerlo, créame, Marlowe –dijo lentamente–. No quería hacer daño a nadie; pero si me quedaba aquí no habría podido defenderme; no tenía la menor posibilidad. Un hombre no puede calcular con tanta rapidez todos los aspectos y consecuencias de una cosa. Estaba asustado y escapé. ¿Qué es lo que debía haber hecho?

–No lo sé.

–Eileen tenía ciertos indicios de locura. Hubiera podido matar a Wade de todas maneras.

–Sí, tal vez.

–Bueno, no se ponga de mal humor. No se tome las cosas tan a pecho. ¿Qué le parece si vamos a tomar una copa a algún lugar fresco y tranquilo?

–Ahora no es el momento, *señor* Maioranos. No tengo tiempo.

–En una época éramos muy buenos amigos –dijo tristemente.

–¿Nosotros? Me parece que se trataba de otras dos personas. ¿Vive en México permanentemente?

–Sí. Ni siquiera estoy legalmente aquí. Nunca lo estuve. Le conté que había nacido en Salt Lake City, pero nací en Montreal. Dentro de muy poco tiempo seré ciudadano mexicano. Todo lo que se necesita es un buen abogado. Siempre me ha gustado México. No correría mucho riesgo si fuéramos al Víctor a beber un gimlet.

–Llévese su dinero, *señor* Maioranos. Está manchado con demasiada sangre.

–Usted no es más que un pobre hombre.

–¿Cómo podría saberlo usted?

Recogió el billete, lo alisó con sus afinados dedos y se lo guardó negligentemente en el bolsillo interior de la chaqueta. Se mordió el labio con los dientes, tan blancos como se los puede mostrar cuando se tiene la piel morena.

–No pude decirle nada más que lo que le conté aquella mañana en que me llevó a Tijuana. Entonces le di la oportunidad de que llamara a la policía y me entregara.

–No estoy enfadado con usted. Lo que pasa es que usted es un tipo de hombre así. Durante mucho tiempo no pude formarme una idea sobre su persona. Tenía un modo de ser agradable y cualidades agradables, pero había algo que no me acababa de gustar. Tenía sus normas y vivía de conformidad con ellas, pero eran normas personales. No guardaban relación con ninguna clase de ética, de moral o de escrúpulos. Usted era un buen muchacho porque poseía una naturaleza buena, pero se sentía tan feliz en compañía de rufianes o gente de mal vivir como en la de gente honesta. Siempre que los rufianes se expresaran correctamente y tuvieran en la mesa modales aceptables. Usted es un derrotista moral. Puede ser que la guerra tenga la culpa, o quizás haya nacido así.

–No alcanzo a comprenderle –exclamó–; realmente no le entiendo. Estoy tratando de pagarle lo que le debo y usted no me deja. No hubiera podido contarle más que lo que le dije. Usted no me lo habría permitido.

–Eso es lo más agradable que me hayan dicho nunca.

–Me alegra que le guste algo de lo que le digo. Me encontraba en un aprieto terrible y justamente conocía a personas que saben manejárselas en esos casos. Tenían una deuda de agradecimiento conmigo por un incidente ocurrido hace mucho tiempo, durante la guerra. Fue probablemente la única vez en la vida que hice lo que tenía que hacer a su debido tiempo y rápido como el rayo. Y cuando necesité de ellos, se pusieron a mi disposición. Y gratis. Usted no es el único tipo en el mundo que no tiene precio, Marlowe.

Se inclinó sobre el escritorio y cogió uno de mis cigarrillos. Bajo el cutis moreno pude percibir que se había sonrojado y que las cicatrices le resaltaban aún más. Sacó del bolsillo un encendedor en forma de cartucho de revólver y prendió el cigarrillo. Percibí una vaharada de su perfume.

–Usted compró mucho de mí por nada, Terry. Por una sonrisa, una inclinación de cabeza, un saludo con la mano y algunas copas tomadas de vez en cuando en un bar tranquilo y confortable. Fue agradable mientras duró. Hasta la vista, *amigo*. No le digo adiós. Se lo dije cuando tenía algún significado. Se lo dije cuando era triste, solitario y final.

–Regresé demasiado tarde –dijo–. Estos trabajos plásticos llevan tiempo.

–Usted no hubiese regresado si yo no hubiera descubierto todo el asunto.

En sus ojos vi súbitamente un reflejo de lágrimas. En seguida se colocó las gafas oscuras.

–No estaba seguro –me contestó–. No me había decidido. No querían que le dijera nada a usted y yo todavía no estaba decidido.

–No se preocupe por eso, Terry. Siempre hay alguien que puede decidir por uno.

–Estuve en los comandos, amigo. Uno no puede ingresar ahí si es un tipo blando. Quedé malherido y le aseguro que no fue nada divertido estar con esos médicos nazis. Eso influyó mucho en mi modo de ser.

–Estoy enterado de todo, Terry. En muchos sentidos usted es un gran tipo. No le estoy juzgando y nunca lo hice. Lo que pasa es que usted ya no está aquí. Hace mucho tiempo que se fue. Ahora usa ropas finas y perfume y está tan elegante como una ramera de cincuenta dólares.

–No hago más que representar un papel –dijo casi con desesperación.

–Y todo eso no le reporta nada bueno, ¿no es así?

Sus labios se abrieron en una sonrisa amarga. Se encogió de hombros de una manera muy latina.

–Por supuesto. Todo no es más que una representación. No hay nada más. Aquí dentro –se golpeó el pecho con el encendedor– no hay nada. Antes había algo, Marlowe. Hace mucho tiempo. Bueno... creo que éste es el final de todo.

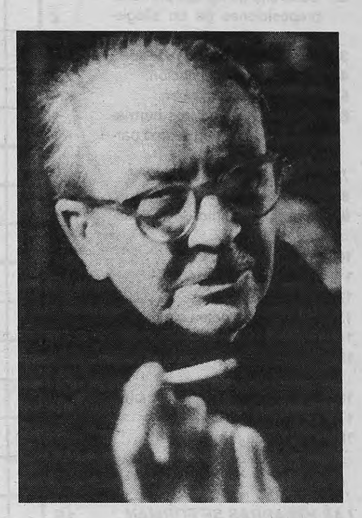
Se puso de pie y yo hice lo mismo. Me extendió la mano y se la estreché.

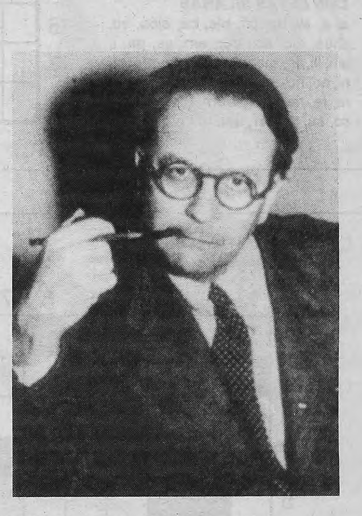
–Hasta la vista, *señor* Maioranos. Me alegro de haberle conocido... aunque haya sido por un breve momento.

–Adiós.

Se dio vuelta y se encaminó a la salida. La puerta se cerró. Escuché sus pasos que se alejaban por el corredor de mármol de imitación. Después de un momento fueron haciéndose cada vez más tenues hasta que resonó el silencio. Sin embargo, seguí escuchando. ¿Para qué? ¿Hubiera querido que se detuvieran de pronto y que él se volviera y que regresara y disipara con sus palabras el estado de ánimo en que me encontraba? Bueno, de todos modos no lo hizo. Aquella fue la última vez que lo vi.

Nunca volví a ver a ninguno de ellos..., excepto a los policías. A ésos todavía no se ha inventado la manera de decirles adiós.







De *Obras Completas de Raymond Chandler* (Debate) Se agradece la colaboración de la librería La Central (Barcelona): www.lacentral.com - informacio@lacentral.com

lichtemberg

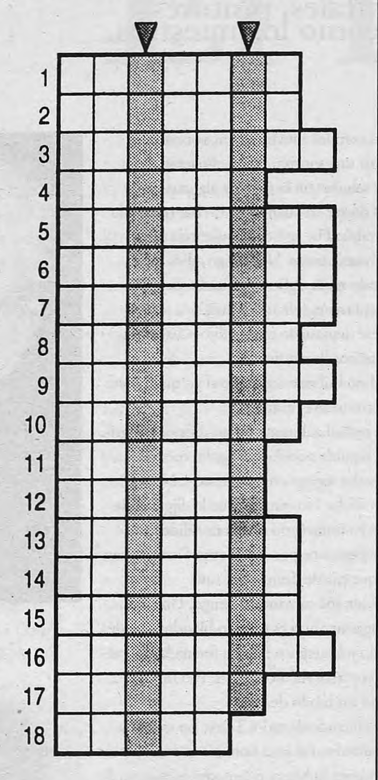
Encuentre las palabras definidas, ayudándose con la lista de sílabas que figura al pie, y escríbalas en el esquema. Al terminar podrá leer, en las columnas señaladas, una frase del autor que encabeza la página.

DEFINICIONES

1. Centro comercial.
2. Cada una de las dos primeras proposiciones de un silogismo.
3. Discutir con vehemencia.
4. Lenguaje de una nación.
5. Que se puede romper.
6. Cada uno de los tres hermanos nacidos de un mismo parto.
7. Recolector de basura.
8. De la madre.
9. Quebrantamiento de la fidelidad.
10. Planta aromática.
11. Carne de vaca asada.
12. Estevado.
13. Soldado que pelea con lanza.
14. De autor desconocido.
15. Levantar algo para tantear su peso.
16. Sonido agudo y desapacible.
17. Sortija.
18. Proveer de armas.

LAS PALABRAS SE FORMAN CON ESTAS SILABAS

a, a, ar, ba, bif, ble, ce, ción, co, chue, dio, dis, dor, em, es, ga, i, lan, lli, llo, ma, ma, mar, mi, mó, ni, ni, no, no, nó, o, pe, pi, po, pre, pu, re, re, rio, ro, ro, rom, ros, sa, sar, so, su, tar, ter, trai, tri, tri, zo.

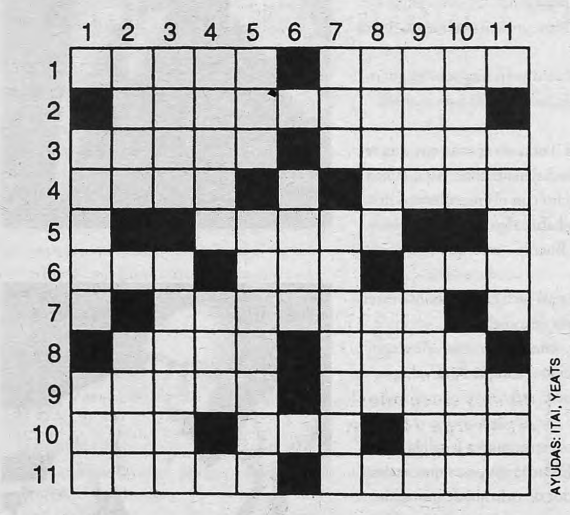


cruci-clip

Anote las palabras siguiendo las flechas.

CARO, COSTOSO · REVOLVER Y AGITAR · IMAGINADOS, INVENTADOS · BUEY DEL HIMALAYA · ADORNAN · COMENCÉ A QUEMARME · PUNTO DONDE SE CRUZAN ONDAS · FALLECIMIENTO · ACIDO RIBONUCLEICO · FLOTAR Y DESPLAZARSE EN EL AGUA · MAGNETIZO · VELOZ, DESENVUELTO · TIEMPO SIN PRINCIPIO NI FIN · ENSENADA AMPLIA · CAMARADA · ARREGLA, ACOMODA · QUE PRESENTAN ISOMERÍA · MONEDA ESCANDINAVA · AGITAR UN ARMA CON LA MANO · DIOSA GRIEGA DE LA DISCORDIA · RÍO AFRICANO · QUE SUFREN OBSESIÓN · RELATIVA A DETERMINADO LUGAR · SECUESTRA · SABROSAS, APETITOSAS · APARATO DE DETECCIÓN SUBMARINO · AUMENTATIVO · MUY RARO · CASUALIDAD · ECHO ANÍS · INTERJECCIÓN: SORPRESA · PARTIDO DEMÓCRATA CRISTIANO · ORGANO DEL OLFATO · GORRO QUE USABAN LOS PERSAS · AVE PALMÍPEDA DOMÉSTICA · (... NOVA) MÚSICA RENACENTISTA · IGUALAR CON EL RASERO

crucigrama



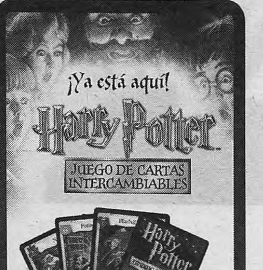
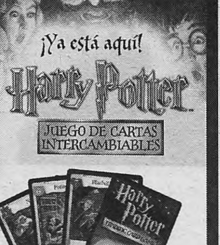
AYUDAS: ITAI, YEATS

HORIZONTALES

1. Estado africano./ Imaginan, inventan.
2. Afectado.
3. Dispongan para la guerra./ Construyo, edifico.
4. Síncopa de "señor"./ Población de Brasil.
5. Sexta parte del dracma.
6. Abreviatura de "Municipio"./ Siglas de la radio televisión italiana./ Sustancia viscosa.
7. Teñido con los colores del arco iris.
8. Señaló el día./ Desgastas con los dientes.
9. Labráis la tierra con el arado./ Lengua de tierra que une una península a un continente.
10. En números romanos, 1400./ Asociación de Fútbol Argentino./ Actualmente, ahora.
11. (William Buttler) Escritor irlandés./ Digo que no es verdad una cosa acerca de la cual se pregunta.

VERTICALES

1. Indicio./ (Irving) Actriz.
2. Letra del alfabeto./ Arbol aceráceo de madera dura y con manchas.
3. Nombre dado por Julio Verne al capitán del "Nautilus"./ Conjunto de las crías en el nido.
4. De Iberia./ República Islámica de Irán.
5. Todavía./ Con brío (fem., pl.).
6. Alabanzas, elogios.
7. Elevé algo tirando de una cuerda./ Atarían, envolverían.
8. (Rubén) Poeta nicaragüense./ Uno y uno.
9. Mujer de Lot./ (Johann Wolfgang) Escritor alemán, autor de "Werther".
10. Hace mal de ojo./ Niebla baja con hollín.
11. Que puede ser oído./ Percibió sonidos.

soluciones

lichtemberg

1. EMPORIO/ 2. PREMISA/ 3. DISPUTAR/ 4. IDIOMA/ 5. ROMPIBLE/ 6. TRILLIZO/ 7. BASURERO/ 8. MATERNO/ 9. TRAICION/ 10. OREGANO/ 11. ROSBIF/ 12. CHUECO/ 13. LANCERO/ 14. ANONIMO/ 15. SOPESAR/ 16. ESTRIDOR/ 17. ANILLO/ 18. ARMAR.
"Pesimista es un optimista bien informado."
Lichtemberg

cruci-clip

O	B	I	T	O	■	A	R	N
N	A	D	A	R	■	R	■	O
E	T	E	R	N	I	D	A	D
R	I	A	■	A	M	I	G	O
O	R	D	E	N	A	■	I	■
S	■	O	■	■	N	I	L	O
O	B	S	E	S	O	S	■	R
■	L	■	R	■	■	O	T	E
R	A	R	I	S	I	M	O	■
A	N	I	S	O	■	E	P	A
P	D	C	■	N	A	R	I	Z
T	I	A	R	A	■	O	C	A
A	R	S	■	R	A	S	A	R

crucigrama

K	E	N	I	A	■	I	D	E	A	N
■	R	E	B	U	S	C	A	D	O	■
A	R	M	E	N	■	E	R	I	J	O
S	E	O	R	■	L	■	I	T	A	I
O	■	■	O	B	O	L	O	■	■	B
M	U	N	■	R	A	I	■	G	E	L
O	■	I	R	I	S	A	D	O	■	E
■	A	D	I	O	■	R	O	E	S	■
A	R	A	I	S	■	I	S	T	M	O
M	C	D	■	A	F	A	■	H	O	Y
Y	E	A	T	S	■	N	I	E	G	O